

En Centenario de Gabriela

Por José Chapochmich

000 169839

■ Di la espalda al río, comencé a bajar la ladera y entonces la vi. Se veía simple, fuerte y pura, como cada verso suyo, y dije, pensando si era o no ella:

¿Gabriela?

—Sí, hermano —respondió—.

En ese momento, el sol caía fuerte sobre las espaldas; el día era azul y tan bello como siempre en Monte Grande. Como un ruido en la sangre cuando circula, los ríos iban abandonándose al torrente, como las almas cuando viajan para el día final.

Al lado de ella, me senti empujado y me atreví a preguntarle si le faltaba algo, si se sentía feliz, si desde el otro lado del mundo, mirando el amor remoto y recuperando cada día, sin faltarle en la memoria, necesitaba algo.

Me contestó que sí, recordando que nunca quiso estatua que en vida quisiera hacerle, luego del Premio Nobel. "¡A mí, convertirme en santa de bulto, cuando era sólo una mujer que había amado, que sufrió lo suyo por costumbre de mujer silenciosa del Valle de Elqui, con un padre errabundo y el eco sonoro de los Salmos del rey David en el oído y el perfume de los huertos, y el brillo de las grandes estrellas, por las noches, entre alegría y presagio".

—Amo todo lo que me rodea y no hay un solo instante en que mi corazón no

se ponga a latir en cada cosa, desde la piedra minúscula hasta la gota de agua que cae en la destiladora, yéndose entre "¡viva y viva!" en medio de los patios, alborotado —dijo—. Y agregó: he vivido en cada piedra de un poema de Tala, en cada llanto de los sonetos de Desolación, en cada paso del niño y el hueso que viajan con una mujer que soy yo en el Poema de Chile, y yazgo en tierra, mirándolo todo, sin una queja. Más bien me doy por entera, como la siembra cuando se echa al voleo sobre la misma tierra en donde moro para siempre, hecha una parte de ella, una porción de amor, un aliento en el triunfo que no se olvida.

—¿Hay algo que yo pueda hacer por usted, mi gran Hermana Mayor, antes de que el tiempo expire y volvamos a reencontrarnos?, le pregunté.

Y me dijo que no quería abrazos de la Osa Mayor, ni los joyeles del Oriente, ni todos los ríos del mundo, ni amor a manos llenas. Ya todo eso era sólo una brizna de paja en el viento, un polvo que escapaba de la gavilla sin fundar casa en

2808

el cielo ni verde en la pradera. Que en cada verso suyo lo había dicho todo por amor a los hombres y por señas de un dolor que nunca la olvidó, ni de día ni de noche, como si fuese su Ángel Guardián. Había, sin embargo, algo que le parecía hermoso. Que valía la pena decir, como se cuentan los sueños de los niños cuando aún no terminan de crecer: quería que ese cerro al que mira todos los días, en la canturía de la sangre, entre las cien montañas o más, cantado por ella guijarro a guijarro, ladera a ladera, centelleo a centelleo, que lo conoce como a los pechos de la madre cuando nutren y ensalzan al hijo que irá más tarde por el mundo en procura de su yo único y hermoso, llevara su nombre, para así poderse ver en doble, como un espejo del mundo. Que la sangre llame a ese David que se exime de guerras, en la paz de un mañana perfecto, a ese cerro tutelar: Gabriela Mistral.

Lo dijo y comenzó a desvanecerse, alzando la punta del vestido largo; después se tocó el pelo y desapareció. Entonces, ahora, yo, su íntimo hermano, el que aprendió leyéndola la "A" y la "Z" repito su deseo para que lo colme la realidad, convirtiéndolo en acto.

La Estrella, Concepción, 4-V-1989 p. 16.

En centenario de Gabriela [artículo] José Chapochmich.

Libros y documentos

AUTORÍA

Chapochnik, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En centenario de Gabriela [artículo] José Chapochmich.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile